

sencia para implorar tu misericordia. *Manè adstabo tibi*. Lo mismo han hecho todos los Santos, y esta es la práctica inconcusa, indispensable de todas las comunidades religiosas: por lo que desde hoy en adelante has de hacer propósito de que tambien lo sea tuya. Levántate todos los dias muy temprano; porque esta diligencia es señal del alma fervorosa. *Vergüenza es*, dice el Sabio, *que al salir del sol nos encuentre profundamente dormidos*.

## DIA XXVIII.

### MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES MACARIO, RUFINO, JUSTO, Y TEOFILO, en Roma. (Salazar en su Martirologio español cree poder asegurar que estos santos mártires eran españoles, y que murieron al filo de la espada en Sevilla durante la persecución suscitada en el reinado del emperador Trajano.)

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES PÚPULO, CAYO, Y SERAPION, en Alejandria.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS PRESBITEROS, DIACONOS, Y OTROS MUCHÍSIMOS, en la misma ciudad, que en tiempo del emperador Valeriano reinando una gran peste, se espusieron voluntariamente á la muerte, sirviendo y cuidando a los enfermos apestados; á los cuales la piedad de los fieles ha honrado siempre como mártires.

EL TRÁNSITO DE SAN ROMAN, abad, en la diócesis de Leon de Francia, en el Monte Jura, el primero que en aquel yermo hizo vida eremitica: despues esclarecido en virtudes y milagros, fué padre de muchos monjes. (*Véase su vida en este día.*)

LA TRASLACION DEL CUERPO DE SAN AGUSTIN, obispo de la isla de Cerdeña, en Pavia, por disposición de Luitprando, rey de los Longobardos.

**SAN ROMAN, FUNDADOR DE LOS MONASTERIOS DE MONTE-JURA, LLAMADO HOY SAN CLAUDIO.**

**N**ació S. Roman en el condado de Borgoña hácia el año de 390. Criáronle sus padres en el santo temor de Dios, y así la niñez como la juventud la pasó con grande inocencia. Por la rectitud de su corazon, y por la pureza de sus costumbres fué desde entonces respetado como Santo. Tenia Roman deseo verdadero de serlo; y pareciéndole que el mundo estaba lleno de escollos para la virtud, resolvió buscar mas seguro abrigo para la inocencia en el retiro de la soledad.

Hallándose poco instruido en la vida monástica, desconocida



S. ROMANO FUND.



entonces en aquel país, determinó ir en busca de un santo abad de Leon llamado Sabino, para aprender en su espiritual magisterio la ciencia de la salvacion, y los caminos derechos de la perfeccion evangélica.

Los grandes ejemplos que observó en aquella religiosa comunidad le avivaron de nuevo los deseos de imitarlos. Enseñado en tan buena escuela, se retiró de ella con muchos aumentos de fervor, llevando consigo las vidas de los Padres, y las instituciones de los Abades, que se cree fueron las colaciones de Caciano.

Resuelto á practicar él solo todas las virtudes que admiraba en los otros, se fué á esconder entre las malezas del monte Jura, que separa el Franco Condado del país de los Suizos, dentro de los términos de la diócesi de Leon. Encontró entre aquellas empinadas montañas un valle llamado Condat, en medio del cual se elevaba un chopo de enorme corpulencia cuyas ramas horizontalmente estendidas, y entretajadas entre sí formaban una especie de techo bastantemente unido así para no dar entrada á los rayos del sol, como para defender de la lluvia. Al pié de él, ó no muy distante brotaba una fuente agua cristalina, rodeada de algunas zarzas, que producian cierta especie de frutilla como acerolas silvestres, de gusto desabrido y agrio. Determinó quedarse en aquel sitio, pasando en él algunos años en una perfecta soledad, tan olvidado del mundo como el mundo habia sido olvidado de él.

Empleaba una gran parte del dia y de la noche en meditar las grandes verdades de la religion, en cantar salmos, y en considerar las misericordias del Señor. Lo restante del tiempo le ocupaba, ya en cultivar un corto espacio de tierra, ya en leer las vidas de los Padres, y las circunstancias de los Abades, pudiéndose decir que apenas interrumpia sus ejercicios el breve sueño y reposo que tomaba.

Ya habia muchos años que nuestro Santo estaba como enterado vivo en aquella horrorosa soledad, cuando una noche se apareció en sueños á su hermano segundo, llamado Lupicino, á quien habia dejado en el mundo, convidándole á que le fuese á buscar para participar de las celestiales dulzuras que gozaba en el desierto. Despertó Lupicino, y movido de la vision, dejó á su madre y á su hermana, y fué al instante á hacerse discípulo de su santo hermano.

Eran tan grandes los progresos que los dos fervorosos solitarios hacian en el camino de la virtud, que no era fácil los dejase tranquilos el enemigo comun de nuestra salvacion. Refiere Gregorio Turonense, que el demonio intentó desviarlos del de-



sierto con todo género de tentaciones. Entre otras siempre que se ponian en oracion, caia sobre ellos una espesa lluvia de piedras. Salióle bien este nuevo artificio; porque como los dos nuevos solitarios eran muy bisonos, ó estaban poco aguerridos en aquella especie de combates; tomaron la resolución de desamparar aquel sitio para buscar otro donde viviesen mas sosegados. Iban ya de camino, y habiéndose hospedado en casa de una buena mujer, noticiosa por ellos de la causa de aquel retiro, los representó con tal viveza el daño que se hacian en rendirse á la tentacion, y los habló con tanto celo, que avergonzados de su cobardía volvieron pié atrás, y en la misma hora se restituyeron á su antigua soledad.

Siguióse á esta generosa resolución nuevo aumento de fervor, estendiéndose tanto por todas partes el buen olor de su virtud, que en poco tiempo los atrajo un gran número de discípulos. Los primeros, que con no corto trabajo descubrieron el lugar donde estaban escondidos nuestros Santos fueron dos jóvenes eclesiásticos de Nion, á los que se siguieron otros tantos, que fué menester edificar un monasterio, siendo este el principio de la célebre abadía de Condat, llamada despues de S. Oyend, discípulo de nuestro Santo, y al cabo de S. Claudio, obispo de Besanzon, que habiendo renunciado el obispado se retiró á ella, donde hasta hoy se conserva su santo cuerpo todo entero, haciendo el Señor, por su intercesion, gran número de milagros.

A la fama de los muchos que cada dia obraban nuestros Santos en su desierto concurrió tanta multitud de gente, que fué preciso edificar otro segundo monasterio en un lugar inmediato llamado Laucone. Y aunque el humor y el genio de los dos santos hermanos era muy diferente, el Espíritu Santo los unió con tan perfecta conformidad de voluntades, que ninguna cosa pudo jamás descomponer, ni aun alterar su armonia.

San Lupicino era de genio austero y duro: severo para sí, y no menos severo para los otros, de una especie de rigidez inflexible. Pero S. Roman era su correctivo, siendo por su carácter, afable, indulgente y dulce: á la verdad era austero para sí, pero suavísimo para los otros, de cuyas miserias sabia compadecerse.

Gobernaba cada uno de los Santos separadamente su monasterio, pero la regla y el espíritu era uno mismo. No es fácil explicar el fervor, la soledad y la penitencia de aquellos santos religiosos: su piedad, el total desasimiento de todas las cosas, su continuo silencio, y las demás virtudes que practicaban, era asunto á la admiracion y á los elogios de toda la Francia. Mas

faltó poco para que el artificio del enemigo comun diese en tierra con aquella santa obra.

Llegó un año algo mas abundante que los demás, y aumentando las provisiones del monasterio, juzgaron algunos religiosos poco mortificados que tambien debia aumentarse la racion de los monges. Comenzó la murmuracion, y siguióse á ella el turbarse la paz del monasterio de Condat. Temiendo san Lupicino, que la demasiada blandura de su hermano no seria bastante para remediar aquel desorden, le propuso que por algun tiempo trocasen de gobiernos, que él se encargaria por algunos meses de el de Condat, y que Roman gobernase mientras tanto el de Laucone.

Consintió Roman; pero apenas Lupicino comenzó á penitenciar á los monges imperfectos, cuando en una sola noche se escapó del monasterio una gran parte de ellos. Con su fuga se restituyó la paz á la casa; pero Roman se afligió tan extraordinariamente, que con sus lágrimas, con sus oraciones, y con sus gemidos movió á compasion al Padre de las misericordias, y consiguió de su piedad el arrepentimiento y la conversion de los fugitivos, que todos volvieron al monasterio llenos de un vivo dolor, y repararon despues con su penitencia y con su fervoroso porte el escándalo que habian dado con su apostasia.

Hallábase poco mas ó menos por este tiempo en Besanzon san Hilario, obispo de Arlés, donde juzgaba podia ejercer toda la jurisdiccion episcopal, en virtud de la primacia de las Galias que pretendia competirle. Oyó hablar de la extraordinaria virtud de Roman, y deseando verle, lo envió á llamar. En las conversaciones que tuvo con nuestro Santo, descubrió en él una santidad tan eminente, que sin querer dar oidos á las representaciones de su humildad, le confirió los órdenes sagrados, y hecho ya sacerdote, le volvió á enviar á su monasterio de Condat.

La nueva dignidad solo sirvió para hacerle mas humilde, y para que sobresaliese mas la religiosa sencillez de su conducta, sin que jamás se conociese que era sacerdote, sino cuando se le veia en el altar.

Pero creciendo cada dia el número de las personas que venian á ponerse debajo de su direccion y disciplina, fué preciso edificar otros monasterios. Y como entre otras deseasen tambien muchas doncellas consagrarse al Señor, bajo el magisterio de Roman, edificó para ellas el monasterio de Beaume, donde cuando el Santo murió se contaban ciento y cinco religiosas, gobernadas por una hermana del mismo Santo, que fué la primera abadesa.

Yendo Roman á visitar el sepulcro de S. Mauricio, que se ve



nera en Agaune, con su compañero Paladio, les cogió la noche en el camino, y para pasarla se refugiaron á una cueva donde se recogian dos leprosos, padre y hijo, que á la sazón habian salido á buscar un poco de leña para hacer lumbre. Cuando volvieron quedaron admirados de ver en ella á los dos huéspedes; pero aun se asombraron mucho mas cuando vieron que Roman se abalanzó á abrazarlos y á besarlos, sin tener horror ni asco de su lepra. Pasaron en oracion la mayor parte de la noche, como lo acostumbraban, y al mismo rayar el alba se pusieron en camino. Los leprosos despertaron despues, y se hallaron del todo sanos. Sabiendo que Roman tomaba el camino de Ginebra, se adelantaron por otro mas breve, y contaron á todos el milagro que acababa de obrar en ellos; y siendo ambos muy conocidos de toda la ciudad, su vista era el testimonio mas fiel de la maravilla. Con esto el obispo y el pueblo le salieron á recibir al camino, y le condujeron á Ginebra como en triunfo. Estas honras sirvieron de gran tormento á S. Roman, y le obligaron á volverse cuanto antes á encerrar en su monasterio, donde pocos meses despues, estenuado, y casi consumido por sus grandes y continuas penitencias, lleno de merecimientos, rindió el espiritu á su Criador el día 28 de febrero del año 460, casi á los sesenta años de su edad, habiendo pasado mas de treinta en el desierto.

Fué llevado el santo cadáver al monasterio de Beaume, donde pasaron los religiosos de Condat á hacerle los funerales; continuando Dios en honrarle despues de muerto con los mismos milagros con que le habia honrado en vida. Los que juzgan que san Roman fué religioso benedictino, no advierten que S. Benito nació al mundo veinte años despues que murió nuestro glorioso Santo.

Parece que la célebre abadía de Condat no tomó el nombre de S. Roman, por no haber quedado en ella su santo cuerpo, y que por la contraria razon se llamó la abadía de S. Oyend, su tercer abad, hasta el siglo XIII por venerarse en ella las reliquias de este Santo, cuyo nombre perdió tambien finalmente, y se llamó de S. Claudio, por los grandes milagros que comenzó Dios á obrar en el sepulcro de este santo obispo.

*La Misa es del comun de los Abades, y la oracion es la que se sigue:*

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado abad S. Roman nos haga gracias á vuestra Majestad, para que no podémós por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola es del capitulo 3 de S. Pablo á los Filipenses.*

Hermanos: lo que fué para mí antes ganancia, he reputado despues pérdida por Cristo. A la verdad que así lo estimo por la eminente ciencia de mi Señor Jesucristo; por quien todo lo desprecio y reputo por basura con tal que gane á Cristo, y con él me una; no por la santificación que me resulta de la observancia de la ley antigua, sino es por la que nace de la fe de Jesucristo, que es la verdadera justicia dada por Dios en la misma fe para conocerle juntamente que la virtud de su resurreccion, y participacion en sus penas, asemejándome á su muerte, si he de concurrir á la resurreccion de entre los muertos. Yo no vivo persuadido que ya la he conseguido, ó que sea ya perfecto: y por lo mismo lo sigo hasta tener la dicha de unirme con el Señor del modo que he sido incorporado (en la Iglesia) por Cristo.

#### REFLEXIONES.

No hay en la tierra bien, no hay fortuna, sino lo que se refiere á Dios, nuestro único y soberano bien. ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? Nada es ventajoso sino lo que conduce para la salvacion.

El ilustre nacimiento ensoberbece, los grandes bienes de fortuna engrienen el corazon, las dignidades, los empleos lustrosos deslumbran y atolondran; ¿pero por poca religion que se tenga, á poca reflexion que se haga, se podrá fundar mucho sobre estas imaginarias prosperidades? Aquellos que las despreciaron, aquellos héroes del cristianismo, aquellos que á ejemplo de S. Pablo, miraron, apreciaron todo esto como si fuera un poco de estiércol, ¿se engañaron por ventura? ¿Y serémos nosotros prudentes, si sentimos de estas cosas de otra manera que sintieron ellos?

¿El que conoce á Jesucristo podrá pensar de otra manera? ¿Acaso conocemos bien á este Señor, y nos hacemos cargo de su doctrina? Aquellos cristianos cobardes, é imperfectos; aquellas almas mundanas, que reputan por grandes ventajas todo lo que satisface á la concupiscencia, todo lo que lisonjea á los sentidos, todo lo que nutre al amor propio; ¿reconocen éstas á Jesucristo por su soberano dueño, por el árbitro de su suerte eterna, por su Redentor, por su Dios y por su Juez? ¿Conocen su ley, y su doctrina tan contrarias á todo lo que desean, y tan opuestas á sus



máximas, y á sus costumbres? ¡Ah mi Dios, y qué pocos fieles, qué pocos cristianos verdaderos se encuentran cuando se hace reflexion á las costumbres del siglo!

Mira qué alto desprecio hace el apóstol S. Pablo de todo lo que embelesa el corazón, y el espíritu del mundo: grandes títulos, opulencia, delicias, dignidades; todo lo compara á la basura: *Hæc omnia arbitratus sum stercora*. El mismo concepto hemos de formar de esas cosas por toda la eternidad, los bienaventurados en el cielo, y los condenados en las eternas llamas. Todos, así en el cielo, como en el infierno, conocerán la ninguna sustancia de las honras que nos deslumbran; la nada de los bienes falsos, y la vileza de todo lo que al presente nos encanta. ¡Mi Dios! ¿porqué no discurrirémos, porqué no pensarámos mientras vivimos, como hemos de pensar, y como hemos de discurrir por toda la eternidad?

Todos somos discípulos de Cristo rescatados por su preciosa sangre: pues pregúntese cada cual á sí mismo la parte que tiene en su dolorosa pasión. ¿Represento yo en mí la imagen de su muerte? Pues no siendo así, todos debemos esperar cuando comparezcamos en su espantoso tribunal oír de su boca aquellas terribles palabras: *Discite à me, nescio vos*: apartaos de mí, que no sé quien sois, no os conozco.

*El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas.*

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos que solo buscasen el reino de los cielos, les dijo: No temais, pequeña grey, porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros su reino. Vended cuanto poseeis, y dad

limosna. Haced para vosotros talegos que no se envejecen, y un tesoro indefectible en los cielos, donde ni el ladrón roba, ni la polilla roe: donde está pues, vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.

### MEDITACION.

#### *De la limosna.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que la limosna en nuestra religion no es de simple consejo sino de precepto. ¡Qué error tan grosero pensar que la caridad cristiana es obra de supererogacion! Cristo nos intima un precepto espreso de dar limosna, y es tan rigoroso este precepto, que bastará no haberle cumplido para ser reprobados de Dios, y para oír de su divina boca aquella for-

midable sentencia (*Matth. 25.*): *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno. ¿Y por qué, Señor? Porque tuve hambre, y no me disteis de comer: porque estaba desnudo, y no me vestisteis. Es cierto que un Dios tan bueno, y tan justo nunca reprobará al hombre por haber omitido sus consejos, sino por haber violado sus preceptos. Dí ahora que la limosna es un acto de pura devocion.*

*En verdad os digo (Matth. 25.)*, añade el Salvador del mundo, *que todo lo que hicieris con estos pequeñuelos que veis aquí, conmigo lo haceis.* Despues de esto ¿no es digno de admiracion que haya pobres en la Iglesia de Dios, á quienes falta todo, que los haya en medio de unos cristianos, persuadidos á la verdad de un artículo que es de los mas importantes, y de los mas bien fundados de nuestra religion, conviene á saber, que se hace con Dios lo que se hace con los pobres?

¿Podía Cristo hacer á los pobres partido mas ventajoso que ponerse en su lugar? ¿Podía la divina Providencia consignarlos fondo mas abundante para su subsistencia? ¿Y si entre los cristianos hubiera fe, habria entre ellos hombres mas felices que los mas miserables? No es ya el pobre á quien niego la limosna sino al mismo Jesucristo. No es ya un hombre vil y despreciable á quien despido con dureza sino al mismo Autor del universo: despido al Redentor, al Juez soberano de los hombres. Ni pensemos que cuando el pobre nos pide una limosna nos pide una pura gracia: pídenos una cosa á que tiene legítimo derecho, y que de justicia le debemos.

Todos nuestros bienes pertenecen á Dios, son suyos por el derecho de soberanía, y le debemos el tributo y el homenaje de ellos: este tributo, y este homenaje le tiene consignado á la subsistencia de los pobres, haciéndoles á ellos sus sustitutos, y sus apoderados para que le cobren en su nombre. ¿En vista de esto te parecerá nada el no socorrer á los miserables? ¿Te parecerá nada el negarles la limosna que les puedes dar?

¡Ah, mi Dios! ¡y qué bien comprendo ahora la justa razon con que condenais á los réprobos, por no haber hecho bien al prójimo necesitado, por haberle negado la limosna, que en suma fué una injuria, fué una injusticia que se hizo á vuestra persona! vergoazosa impiedad de que me reconozco, y me confieso demasiadamente culpable.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la limosna es una de las señales mas ciertas de predestinacion, como al contrario, la dureza con los pobres es una muestra visible, y poco dudosa de la reprobacion eterna.



El fundamento mas sólido de nuestra salvacion es la misericordia de Dios. ¿Pues dónde se cimenta mejor este fundamento que en la misericordia con los pobres? *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia. Con la medida con que midiereis con esa sereis medidos. (Matth. 15.) Dad, y se os dará á vosotros con medida llena, apretada y que rebese. (Luc. 6.)*

La limosna, dice Tobías (*Tob.*), purifica las almas del pecado, consiguiendo un verdadero dolor de nuestras culpas. Después de todo, decia el Salvador, haced limosna y sereis purificados de vuestras culpas, por la gracia de la conversion que os conseguirá la limosna. *Eleemosynis peccata tua redime*, decia Daniel al otro monarca: Redime con limosnas tus pecados. (*Dan. 4.*) Ciertamente entre los grandes embarazos que traen consigo las riquezas para la salvacion, la única ventaja que producen á los ricos, es que con ellas pueden satisfacer lo que deben á la justicia de Dios, repartiéndolas entre los pobres. ¡Cuántos poderosos protectores, cuántos finos amigos pueden ganar con ellas en la presencia de Dios!

Bienaventurado aquel, dice el Profeta (*Ps. 40.*), que atiende á las necesidades del pobre: porque no solo le conservará el Señor entre todos los peligros de la vida; no solo le hará dichoso en el mundo, sino que en aquel momento crítico y decisivo de la eternidad le asistirá Dios con modo muy especial; le librará de los lazos y de los artificios del enemigo. ¡Y qué, Señor! ¡después de tantas seguridades de vuestra liberalidad se hallarán corazones tan duros que no quieran hacer limosna!

¿Por ventura temes que te falte á tí por socorrer á los pobres? ¡Ah! que la limosna es la que asegura los bienes, la que llena las casas de abundancia, y la que perpetua en ellas las prosperidades. Es preciso tener muy poca religion; es preciso un corazon hecho al revés para tener poca caridad con los pobres.

Mi Dios, grandísimo dolor es el mio por haber conocido hasta aquí tan poco, y tan mal la poderosa virtud de un medio tan eficaz para salvarme. Si no me hallo en estado de dar mucho, espero que tomareis en cuenta mi buena voluntad, y el deseo de servirlos y de honrarlos en la persona de los pobres. ¡Será posible, Señor, que pudiendo hacerlos bien, haciéndosele á ellos, dude siquiera un punto en ejecutarlo!

JACULATORIAS. — Bienaventurado aquel que mira con compasion al pobre y al necesitado. (*Ps. 40.*)

Nunca padecerá necesidad el que socorre las necesidades del pobre. (*Proverb. 28.*)

### PROPOSITOS.

1 ¿Quieres dejar muchos bienes á tus hijos? pasar los dias de tu vida con la mayor abundancia? perpetuar el fruto de tus sudores y de tu industria? asegurar la prosperidad misma hasta una larga y dichosa posteridad? Pues da toda la limosna que pudieres; sé liberal con los pobres; abre la bolsa á los necesitados. Pocos preceptos hay mas positivos, y pocas recompensas hay mas seguras. La limosna no solo no ha empobrecido á persona alguna, sino que seguramente se puede decir, que apenas hay fortuna bien cimentada, apenas hay larga prosperidad que no sea efecto de la caridad de los hijos, ó de la limosna de los padres. Haz firme propósito desde hoy de no dejar pasar dia alguno sin santificarle con alguna limosna. ¿Tienes bienes de fortuna? Paga el diezmo á Dios en sus pobres, mirándolos á éstos como recaudadores de sus rentas. ¿Estás imposibilitado á dar limosna? Pues á lo menos honra á los pobres, sírvelos, consuélalos, alivialos segun la posibilidad de tu estado. Si tuviéramos verdadera fe, fe viva, y llena de actividad, á pocos mirariamos con mas respeto que á los pobres, porque veríamos en su persona la imágen de Jesucristo que representan con mucha especialidad.

2 Arregla las limosnas segun tus bienes y tus rentas. ¿Qué has de dar á los pobres, si solo piensas en hacer limosna de lo que te sobra? Poquimosos son los que creen que les sobra nada. Los que mas gastan en el juego, en alhajas, en muebles, en equipajes y en convites son por lo comun los que hacen menos limosna. Después de eso, ¿de qué nos admiramos de aquellas revoluciones de fortuna que sepultan en el polvo á los que no quisieron pagar á Dios el tributo de sus bienes? Determina a punto fijo lo que has de dar todos los años, todos los meses, todas las semanas, y todos los dias á aquel Señor de quien esperas todo, y á quien debes esos bienes, y esa vida. Si los tiempos fueren desgraciados, por lo mismo has de ser mas caritativo; ese es el medio de sentir menos los efectos de los malos temporales. Los muchos hijos, y otras muchas razones domésticas deben reformar los gastos en la profanidad, en las diversiones y en el juego, pero no en las limosnas. Si tuvieras ocho hijos, y Dios te diera el noveno, no le abandonarías: pues pon en su lugar á Jesucristo, y gasta con los pobres lo que habias de gas-



tar con ese noveno hijo. Deja de jugar, y lo que á tu parecer podías perder hoy en el juego empléalo en limosnas. Tienes gana de comprar una alhaja que no te hace falta; de tener un día de campo con cuatro amigos; de hacer un gasto de pura vanidad, ó por capricho; pues private de ese gusto, y da lo que te habia de costar á quien te lo puede restituir ó recompensar con una correspondencia cien-doblada. Pocas comunidades, y aun pocas familias particulares se hallarán que no puedan socorrer á algun pobre, á quien quizá se le deja perecer por negligencia, ó por olvido. En fin, has de tener siempre una naveta separada que se ha de llamar *el tesoro de los pobres*, donde siempre que cobres parte de tus rentas, ó de las ganancias que hicieres en el comercio, has de meter alguna cosa. Este fondo debe estar independiente de las limosnas ordinarias, y se llamará *el tesoro de los pobres*, porque se ha de destinar para asistirlos estraordinariamente en sus necesidades.

## ADVERTENCIAS

## ACERCA DE LOS ÍNDICES.

1.<sup>a</sup> *El indice de cada tomo comprenderá todos los Santos cuyas vidas comprendiere con alguna estension, separadamente del Martirologio romano.*

2.<sup>a</sup> *No constando de algunos de los Santos comprendidos en los diferentes calendarios de España mas noticias de las que refiere el Martirologio romano, deberá consultarse éste en el dia que indicare el calendario cuando en el indice particular de cada tomo dejare de hallarse la referencia al Santo cuya noticia se deseare saber.*

3.<sup>a</sup> *Al fin de la obra, esto es, en el tomo correspondiente al mes de diciembre, despues del indice particular del mismo se continuará el indice general por orden alfabético de todos los Santos comprendidos en el Martirologio romano íntegro, sin exceptuar uno solo, aun los ya incluidos en los indices especiales de cada tomo.*

## ADICION

AL ÍNDICE PARTICULAR DEL TOMO 1.<sup>o</sup> CORRESPONDIENTE AL MES DE ENERO.

	PAG.
DIA II.—La venida de la SS. Virgen á la ciudad de Zaragoza.	13
DIA IX.—La traslacion á la santa iglesia de Oviedo de los santos mártires Eulogio y Leocricia ó Lucrecia.	92
DIA XVI.—San Marcelo, papa y mártir.	215
DIA XXVI.—La memoria de S. Asurio, Gonzalo, Osorio, Froalengo, Servando, Pelayo, Atanaulfo y Alfonso, preladados de diferentes iglesias de España.	349
DIA XXXI.—La traslacion de S. Marcos Evangelista.	437